

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Suscripción para socorrer las desgracias de la inundación de Valencia.—La flor del alma: á la señorita doña Aquilina Fernandez y Grajal; poesía, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Un clavel enamorado: poesía, por D. Rafael Serrano Alcázar.—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—Revista de modas: correo de señoritas, por doña Joaquina Carnicero.—Explicación del figurin que se reparte con este número.—Pliego 60 de *La Pastora del Guadiela*, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar, que se reparte tambien con este número.—Sección de noticias.—Sección de avisos y anuncios.

SUSCRICION PARA SOCORRER LAS DESGRACIAS DE LA INUNDACION DE VALENCIA.

La rica y férax provincia de Valencia se ha visto envuelta en su mayor parte por las impetuosas aguas de los torrentes y rios, que al sepultar los caseríos, inundar las poblaciones, destruir los edificios, arrebatarse la vida de muchos infelices, han arrastrado entre el cieno y los escombros la riqueza de la provincia, el bien-

estar de los labradores, las esperanzas del propietario, el alimento del jornalero, la subsistencia, en fin, de todos los pobres, que, si antes la escasez y las privaciones eran su patrimonio, hoy les espera tan solo la miseria mas espantosa, la carencia absoluta del alimento diario, el hambre, en fin. Poblaciones ha habido, como Alcira, en que se han destruido y desplomado infinidad de casas, pillando bajo sus ruinas á sus infelices moradores, que huían del agua que llegaba en las calles á tres metros de altura, y que arrastraba en su impetuosa corriente cuanto encontraba al paso; Albalat ha visto cubiertos por el agua hasta los tejados, sin que se viera de la población mas que el campanario; Tous ha perdido todos sus molinos y hasta cien casas, que el río ha arrastrado sin dar tiempo á salvar mas que lo puramente necesario; Catarroja ha contemplado la destrucción de ciento cincuenta edificios; Silla ha visto volar la cubierta de la estación del ferro-carril, caer gran parte de la torre de la iglesia, y destruirse muchas casas: la empresa

del ferro-carril ha perdido grandes terraplenes y tres puentes magníficos, uno de los cuales, el de *Montesa*, sobre ser de un solo tramo de 200 pies de luz y 85 de elevacion, el agua chocaba contra el bastidor de hierro, hasta que por fin, socavando el terraplen, aisló el estribo y le arrastró con estrépito horroroso; en Simat y Tabernes de Valldigna... pero, ¿á qué cansarnos? Un cuadro tan desgarrador conmueve hasta la fibra mas dura de nuestro corazon, y no podemos seguir describiendo tanto duelo, tanta afliccion, tanta desgracia, tanta miseria. El gobierno, con un celo que le distingue, para remediar en lo posible la angustia de una comarca que en otras ocasiones ha producido pingües beneficios al Tesoro, ha enviado 100,000 duros á disposicion del gobernador de Valencia para atender á las necesidades mas apremiantes.

Pero ¿qué significan cien mil duros para tantísimos millones como se han perdido en la catástrofe? El gobierno no lo puede hacer todo, el gobierno ha cumplido con tomar la iniciativa, y tener en consideracion tanta desgracia para el cobro de las contribuciones; pero la provincia destruida necesita recursos, la miseria ha extendido sus negras alas sobre un pais tan rico en otro tiempo, el hambre se presenta con toda su horrible desnudez, y el corazon de los españoles no puede permanecer sordo á la voz de la caridad, gota de rocío que se desprende del cielo sobre el corazon del hombre, y que, convertida en perla, es la perla mas preciada del mundo.

La gran señora de opulentas riquezas, el rico banquero, el alto empleado, el de modesta fortuna, el artesano, todas las clases, en fin, de la sociedad, pueden desprenderse sin menoscabo de sus necesidades, ni aun de sus regalos, de un pequeño óbolo, que depositado como ofrenda ante el altar de la desgracia, enjuga una lágrima al desventurado, arranca una bendicion del cielo, y dilata el corazon del bienhechor.

Conmueve hondamente nuestro corazon cuando presenciarnos una catástrofe como la que nos ocupa; pero al mismo tiempo nos inundamos de consuelo al contemplar que no hay nunca un corazon español sordo á la voz de un necesitado.

Acudamos, pues, á consolar en cuanto esté de nuestra parte á los afligidos y desamparados, y comparemos su miseria con nuestra posicion y comodidades. Despues de esta triste comparacion, es imposible que nadie deje de ofrecer un pequeño consuelo á aquel en que en un momento ha visto desaparecer su patrimonio, su hogar y su familia.

Á tan laudatorio fin, desde este dia abrimos en nuestra redaccion una suscripcion á beneficio de las mayores necesidades de los pueblos inundados, cuyo importe total se pondrá á disposicion del señor gobernador de Valencia para su acertada y equitativa distribucion.

Los señores de fuera de Madrid que quieran contribuir con su limosna, pueden enviarla por medio de sellos ó libranzas en carta á esta administracion.

Por acuerdo de la Direccion.

el Secretario, ENRIQUE DOMENECH.

LA FLOR DEL ALMA.

Á LA SEÑORITA DOÑA AQUILINA FERNANDEZ Y GRAJAL.

El silencio se estendia
y ya la noche reinaba,
el ángel Rafael velaba
y dulce se sonreía;
que el contemplar de la altura,
la inmensidad, asombrado,
sintió su rostro bañado
en lágrimas de ternura.
Á Dios presto dirigió
su oracion reconocida,

y una lágrima perdida
sobre el mundo descendió;
cayó en el mar, de sus brumas
iba estendiéndose el manto,
y aquella gota de llanto
flotó sobre las espumas;
brilló la aurora un instante,
y en el sonrosado Oriente
un vivo sol trasparente
lanzó su rayo brillante;
á su luz, abrió en la orilla
su broche una pobre flor,
sin aroma, sin color,
triste, ignorada y sencilla;
del viento al impulso leve
la gota del llanto flota,
y la flor tiende á la gota
su fresco cáliz de nieve.
En sus hojas encerrada
lágrima tan peregrina,
de pura esencia divina
dejó á la flor fecundada,
y para dicha del hombre
tuvo la tierra un tesoro,
producido por el lloro
en aquella flor sin nombre;
flor cuyo perfume alcanza
á consolar los dolores,
que la reina de las flores

es... ¡LA FLOR DE LA ESPERANZA!

JOAQUÍN TOMEQ Y BENEDICTO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

Eso sí, duro para todos, menos para su Vicenta, su Inesilla y su chipilin.

Con estos jugaba como un chiquillo de seis años; pero con los otros ni por un duro vendía una sonrisa.

Es verdad que era posadero, y tenía que mandar gente que ni á latigazos dejan de ser unos remolones, capaces de dar tabardillo á un santo; pero esta vida era mejor que la de jardinero; pues cuando estuvo en ella, unas veces comía y otras ayunaba, y ahora ya le llamaban *ricacho* en el pueblo, y eso que era un posadero de conciencia, que, á no serlo, ya estaría, como muchos de ellos, hecho un famoso propietario ó un rico capitalista.

—Sirena, dijo á Inesilla, haciéndola que se sentase en sus rodillas de un salto, y cubriendo de apasionados besos la frente de la preciosa niña; canta la canción que á mí me gusta, para que te oigan estas señoras.

—Así que estén aquí madre y el niño, contestó aquel ángel, haciendo graciosas muecas.

—Ea, pues llámales, hija mía, y no te vengas sin ellos.

La niña dió una graciosa carrera, al mismo tiempo que vimos venir á la posadera con su hijo en los brazos, como de costumbre.

El marido la miró con orgullo, y ella le miró á él con ternura; pero ninguno de los dos pronunciaron una palabra del collar; sin duda no querían incomodarse mutuamente.

Esta generosidad y esta prudencia nos llamó la atención en extremo; pues habíamos visto personas millonarias alborotar la casa, ultrajar á los criados y apostrofar á su familia por cosas de menos valor.

Es verdad que Vicenta se quedaba triste y reflexiva á cada momento; pero luego sacudía la cabeza como desechando una idea, y besaba á su hija, ó á su niño, como diciendo con pasión maternal:

—¡Qué mas joyas que estos dos hermosos luceros de mis entrañas!

Y cogía al chiquitillo por las mantillas y lo presentaba á su padre, que abría unos ojazos como tazas para verlo mejor.

—Vamos, Sirena, canta, la volvió á decir su padre.

Y la niña, sin esfuerzo ni ruego alguno de nuestra parte, entonó la canción siguiente, con un estilo tan tierno y una expresión tan dulce y lisonjera,

(1) Véase nuestro número anterior.

que no recordamos haber oído nunca nada que se le pareciese:

"Yo soy la niña del valle
que por las mañanas va
á coger lindos ramitos
para la Virgen del Mar.
Y luego en la capillita,
donde tan hermosa está,
yo, hincadita de rodillas,
me libra de todo mal.
Allí ruego por mi padre,
por mi hermanito y mamá,
y por eso tan hermosos
y tan alegres están.
Porque dicen que la Virgen
quiere á los niños sin par;
porque también ella es madre,
y una madre celestial."

Al acabar su canto la tierna Inesilla, se abrazó al cuello de su padre, como diciéndole:

—Cuanto he dicho es cierto, y por eso lo canto de un modo tan blando, tan armónico y tan cariñoso, que parece mi vez un arpa en las manos de una apasionada india en medio de los hermosos bosques de su país.

¡Cuánto sentimos tener que dejar aquella tierna familia, para hacer de nuevo nuestros preparativos de viaje!

Teníamos que partir de madrugada, y era preciso acostarse temprano; pero antes queríamos buscar una ocasión para que Vicenta nos acabase de contar sus amores con Pedro, y su casamiento.

¿Qué mujer perdona una historia de amores, aun que pierda para ello tres horas de preciso sueño?

—Vicenta, la dijimos: suba V. á nuestro cuarto á la oración, después que acueste sus niños, pues nos tiene que ayudar á preparar la marcha y estar un ratito con nosotras, por si nunca nos volvemos á ver.

Vicenta nos miró con la dulzura acostumbrada, y vimos que sus ojos se habían arrasado á esa amarga idea del triste *¡nunca!* que quiere decir: "Mientras estemos en el mundo, un negro velo se interpondrá entre nosotros, que solo podrá descórrerse en la eternidad!"

Á las pocas horas oíamos cantar á Sirena, arrullando á su hermanito para dormirlo:

"¡Duerme, niño del alma!
¡duerme, amor mío!
que Dios manda del cielo
los hermanitos.

"Y ellos se quieren,
y á los mas chiquitines
los grandes duermen.

"Yo te echaré en la cuna,
que es muy bonita,
adornada de flores
y muselinas.

"La tierna madre
la mulle con esmero
todas las tardes."

—¿Quién hará á Sirena tantos versos para cantarlos? dijimos con admiración al ver lo alusivo de las letras que sabía.

—Su tío, el señor cura, que se pinta solo para esas cosas, y es casi un santo. Moraliza á los niños de ese modo; pues nada agrada á las criaturas de esa edad como los versos bonitos, y con ellos se les pueden dar buenas lecciones cuando se saben escribir provechosas fábulas, ó cosas por el estilo. Escuchen Vds., escuchen Vds., dijo oyendo á Inesilla:

"¡Duerme, lloron del alma!
duerme, y no llores:
mira que madrecita
tu llanto oye.

"Y si se enfada
me dará á mí los besos
que tú te ganas."

Así continuó Sirena un rato, hasta que ambos ángeles se durmieron.

—¡Oh qué madre mas feliz soy!... dijo Vicenta.

Entonces la rogamos nos continuase su historia, y que, quieras que no quieras, tú también la oirás, lector, por mas que digas que hemos interrumpido mil veces la narración principal del libro, y que nunca vas á dar con la *Media naranja* anunciada.

¡Paciencia, lector, paciencia! que sucesos traen sucesos, y todo no se ha de decir de una vez.

XIV.

El jardinero.

Como os iba diciendo, señoras, padecía unos delirios espantosos, y cada día iba estando mas desfigurada y mas enferma, y diciendo mas disparates.

Los amos se cansaban ya de este mal sin nombre, y andaban diciendo que me mandarian á una casa de locos si seguía así, ó con mi vieja madre que me sufriese.

Yo tenia, por desgracia, el oído tan fino como un tísico, y oí lo de casa de locos como todo lo oía; y despues de retorcerme en horribles convulsiones, rompí en un llanto tan amargo y profundo, que no habia fuerzas humanas que me hiciesen callar.

El señor conde entró en mi cuarto y procuró consolarme, diciéndome mil frases finas y delicadas, y rogándome reprimiese los gemidos; pues si las niñas lo oían iban á sufrir mucho.

Por primera vez de mi vida le desobedecí; pero no estaba en mi mano contener el torrente que brotaba de mis ojos; así como no está en la mano del marinero detener las olas que van á sepultar su pobre barquilla.

Lloré, y lloré tanto, que todos los de la casa acudieron á hacerme callar: unos á consejos, y otros á gritos.

Sin embargo, aquel llanto me salvaba: aquel llanto dijo despues el médico que me habia librado de la locura.

Entre los criados que acudieron á oirme, habia uno que yo no conocia por haber entrado durante mi enfermedad al servicio del señor conde.

Este era Pedro el jardinero, el cual se mantuvo en el dintel de la puerta mirándome con atencion.

Era alto y esbello, ojos rasgados y brillantes; pero, ¿á qué hacer su pintura, cuando ya le conoceis?

Cruzado de brazos estaba, silencioso y sombrío como una estatua, contemplando aquella escena, en que yo hacia el principal papel.

Un criado, cansado de mis gritos y contorsiones, se atrevió á poner una mano en mi hombro para hacerme callar, y entonces aquel hombre inmóvil se lanzó sobre él, y cogiéndolo por la chaqueta le hizo dar una vuelta en el aire, lanzándole al corredor, é intimándole el silencio con una autoridad grande.

El criado quiso hacer frente; pero al ver brillar los ojos de Pedro de un modo extraordinario, se alejó cabizbajo, sin atreverse siquiera á murmurar entre dientes contra un igual suyo que así le maltrataba.

El jardinero se quedó tranquilo como el que nada ha hecho, y volvió á apoyarse en el quicio de la puerta con la mayor sangre fria.

Yo no estaba para nada, y, sin embargo, comprendí que aquel hombre se habia constituido en el ángel de mi guarda.

Las mujeres tenemos en lo general un alma agradecida, y aquella accion se grabó en la mia para no olvidarla jamás.

Yo seguía llorando, pero mientras mas lágrimas derramaba, mas quietud sentia en el espíritu, y mas iba cediendo la convulsion.

Á la noche ya estaba casi tranquila, y pudieron dejarme sola, incluso Pedro, que también se fue; pero mis oídos de enferma y mi corazón de mujer me dijeron que aquel hombre no habia dormido, y que mas de una vez habia venido á la puerta de mi cuarto á ver si descansaba.

No hay duda: en el silencio de la noche, yo oí una respiracion que se desea comprimir y unos pasos que se quieren contener y apresurar á un mismo tiempo.

Lo que mas me chocó en este hombre singular fue que la piedad únicamente le hacia no dormir; pues yo no solo estaba desfigurada entonces, sino horriblemente fea, y era imposible de interesar á nadie de aquel modo.

Mis cabellos no se habian peinado en dos meses, y gruesos mechones enmarañados cubrian casi mi cadavérica frente.

Mis ojos estaban hundidos en el cráneo.

Unas grandes ojeras moradas les daban un marco tenebroso y sombrío á las dilatadas pupilas.

Mi nariz estaba afilada y huesosa.

Mis pómulos, salientes.

Mi barba, aguzada.

Mi cuerpo, sin formas.

Mis manos, largas y descarnadas... En fin, parecia la estatua de la muerte; así es que siempre que me veía el viejo señor, que queria ser mi esposo, hacia un gesto tan marcado de horror, y creo que de asco, que me hacia sufrir mucho.

Mi cuarto tenia un balconcito que daba al jardín, y allí me sentaba á distraer la vista con las flores, y... ¿á qué negarlo? á ver si encontraba alguna vez al jardinero, que tanto me habia interesado.

Con efecto, le vi varios días, y siempre noté en él, en medio de lo vulgar de su condicion, algo de noble y generoso que me halagaba. ¡Á mí, que hasta entonces solo habia soñado con los héroes de las novelas que leía!... ¡Á mí, que tantos delirios y quimeras habia tenido, en que me creía unida á un elegante caballero, rico y hermoso!... ¡Á mí, á quien solo gustaban las rizadas melenas de los elegantes jóvenes que visitaban á mis señoritas!... ¡Cómo descendía ahora á buscar con avidez la figura de un tosco jardinero, que vestia ropa burda y tenia las manos grandes y tostadas por el sol!...

Y lo raro es que no me avergonzaba de mi descenso, que abrigaba aquella idea hasta con entusiasmo.

Casi casi me daba enojo el día que Pedro no miraba al balcon tan pronto como salía al jardin.

Yo hubiera querido que me saludase, que me preguntara si estaba mejor; pero él no entendia de esos cumplidos á que se acostumbran las personas bien educadas, aunque no les interese ni pizca la contestacion que se les ha de dar.

Un día, ya mas repuesta, abrí el balcónito, y me puse en el rayo del sol, y entonces me dijo Pedro con tono seco, pero que se conocia nacia del corazon:

—¡Vaya! Por fin la vemos á V. asomar la cabeza al aire. ¡Me alegro!

—¡Gracias, Pedro, gracias!

—No tenga V. aprension; ¡por vida del chápiro! Baje V. aquí algunos ratos á pasear, y váyase desentumiendo, que los males quieren valor. ¡Voto á sanes!

—¡Me quisiera V. hacer un favor, Pedro? le dije, confiada en sus buenos sentimientos.

—Y mil que V. quiera.

—Pues bien; ¿querrá V. ir á llevar un poco de dinero á mi anciana madre de mi parte? Hoy me han pagado el mes los señores, y no tengo con quién enviarle lo que está acostumbrada á que la lleve todos los meses. ¡Pobrecita! ¡Cuánto deseará saber de mí! El anterior se lo llevó la cocinera; pero se quejó mucho despues de lo lejos que pilla el cuartito de mi pobre madre y la infinidad de escaleras que hay que subir, y hoy no quiero molestarla de nuevo con otra exigencia.

—¡Nada de eso! respondió Pedro; mientras yo esté aquí, lo que se ofrezca, con voluntad, ya está hecho.

Entonces le di las señas de la casa de mi madre, y con un hilo le eché por el balcon toda mi paga, envuelta en un papel.

Se conoció en su semblante que se alegraba de aquella comision; pero nada noté en sus ojos que indicase le animaba otra idea que la caridad.

Y... ¿cómo habia de amarme? ¿Tenia yo acaso entonces figura de mujer? Solo se podia compadecerme.

Hasta el otro día no vi á Pedro: deseaba con ansia que me dijera si habia visto á mi pobre madre. Esta no ignoraba que yo estaba enferma; pero como se encontraba casi paralítica, no podia venir á verme; y, segun yo sabia por una vecina que enviaba alguna vez á verme, lloraba mucho la infeliz por no poder venir á cuidarme.

El jardinero me trajo mil bendiciones de ella, y me dijo que siempre que se me ocurriese algo se lo confiase á él, pues lo haria con eficacia.

La falta de elocuencia del que no está acostumbrado á espresar sus ideas cuando siente, le hizo no decirme infinidad de cosas tiernas respecto al amor que yo tenia á mi madre y el que mi madre me tenia á mí; pero yo le conocí la emocion que sentia, en estas palabras:

—¡Caramba! La pobre vieja se puso loca de gozo, y de tanto como quería decirme no decia nada; pero se conoce que es V. su ojo derecho.

—Es muy buena madre, le contesté.

—Así era la mia (Q. E. P. D.), dijo quitándose el sombrero; y murmurando un *Padrenuestro* se alejó conmovido.

Aquella rústica franqueza me enamoraba cada día mas. Notaba la diferencia que existe entre un lenguaje mentido y el que nace del corazon. Dos palabras de Pedro me enternecian á mí mas que cuanto me habian dicho aquellos almiarados señores que frecuentaban la casa, y es que mi penetracion de mujer me decia muy claro que los unos solo deseaban seducirme con sus mentidas frases, mientras el otro me tenia un cariño desinteresado y leal.

Nuestro trato se fue haciendo mas íntimo. Siempre tenia yo las mas bonitas flores en los dos vasos que adornaban el espejo donde me peinaba.

Ya iban tomando mis cabellos otra vez el brillo acostumbrado; pero empezaron á caerse de tal modo, como las hojas de los árboles en otoño, y tuve que pelarme como un muchacho, por no quedarme pelo con qué peinarme siquiera.

Parecía un rapazuelo, y los criados se burlaban de mí, y aun hubo alguno que se atrevió á decirme *La Pelona*; y como esas gracias tan sin caridad son siempre bien recibidas por las gentes vulgares, cundió el nombre en la casa, y en lugar de compadecer mi penosa convalecencia y las funestas consecuencias de la enfermedad terrible, se burlaban delante de mí con la mas insolente ironía.

Al principio compadecí su ignorancia; pero eran ya tan molestos y repetidos, que llegaron á irritarme. Lo conocieron, y doblaron sus importunidades. Parece que el deseo de hacer mal es innato en las criaturas, pues cuanto mas desgraciado miran un ser, mas le oprimen y le martirizan.

Quizás desde entonces ha quedado en mi corazón impresa esta verdad, y por eso siempre defendiendo los seres que abate la desgracia y los que hizo ridículos una madrastra naturaleza.

Los muchachos, esos tigrecitos pequeños que si no se modificasen por las costumbres crecerían en la impiedad hasta devorar á sus semejantes, siempre les vereis perseguir al débil, atosigar al pobre y apostrofar á los deformes, los contrahechos y los ancianos.

En este lugar habia una pobre mendiga á quien no sabemos por qué causa dieron en decir *La Amortajaora*, siendo así que nunca aquella desgraciada se habia ocupado en vestir cadáveres.

Este nombre la impresionó de tal modo, que la primer vez que persiguiéndola los muchachos se lo dijeron, empezó á dar unos gritos y unas exclamaciones que llegaban al cielo. ¡Buena la hizo la infeliz con esto!... Si entonces eran cuatro muchachos sus perseguidores, al otro día hubo ocho, y al tercero veinte, y al cuarto todos los diablillos del lugar.

La infeliz se defendió, primero con palabras, luego con llanto, luego con súplicas y últimamente con piedras.

Las madres de aquellos tiranuelos habian visto impasibles á sus hijos perseguir é insultar á aquella

desgraciada; es mas: se habian reído de la agudeza y mal corazón de sus pequeños prodigios, sin defender al débil, ni dar la mano al caído, como nos ordena Dios; pero el día que vieron á la pordiosera resistir los ataques y contestar castigando á los verdugos en miniatura, salieron á las puertas y la golpearon, asegurándola que iria á la cárcel si volvía á tocar á las prendas de su corazón.

La pobre mujer se echó á llorar con desconsuelo, diciendo:

—¡Bueno; yo no les pegaré, pero que no se metan ellos conmigo, que no me hagan mal, por Dios!

—¡Que si quieres! Á los tres días volvieron á la carga, y antes de un mes la infeliz habia perdido el juicio.

De aquí se la llevaron en un borriquito atada.

Yo la vi pasar por mi puerta con los cabellos erizados, los ojos fuera de las órbitas, y casi desnuda. Me dió lástima, y haciendo á sus conductores que se detuvieran, entré á buscarla un manton que ya tenia yo algo usado, pero que era de bastante abrigo, y acercándome á aquella desventurada, le dije con tono cariñoso:

—¿Quieres que te abrigue con este manton?

—¡Sí, sí, tengo frio! respondió. Tú no eres madre de esos pícaros, ¿eh? ¡que no me vean! ¡son muy malos! ¡me han hecho mal!

Y la pobrecita enseñaba sus acardenalados brazos; pues ella misma se golpeaba, y luego decia que eran sus enemigos los muchachos.

Cuando la arropé con el manton, queria besar mis manos; pero yo las huía con ese terror y miedo que tenemos á los locos. Lo conoció, y dijo:

—¡No huyas! ¡Tú eres buena, y yo solo embisto á esos desalmados!

—Con efecto, al entrar en las calles del lugar rompió las ligaduras, y se vieron negros dos guardias civiles para volver á atarla de nuevo; pues apenas veia un muchacho queria tirarse á él con la mayor furia.

—¡Pobrecita!... á los pocos días de entrar en una casa de locos dicen que murió, despues de un fuerte delirio en que decia sin cesar:

—¡Que los maten! ¡Que los maten! ¡Todos son malos! ¡Todos me han hecho mal! ¡Que los maten! ¡No

son cristianos! ¡No quieren á su prójimo! ¡No temen á Dios!...

En esto último quizás no se equivocaba la pobre loca. No tiene alma cristiana quien hace mal á su prójimo.

Ahora bien; continuando mi historia, os diré que los criados de casa del conde, que siempre me tenían ojeriza porque yo era la señorita de toda la servidumbre, ahora que me veían caída se vengaban con creces de mi superioridad, y seguían con sus burlas y su sobrenombre de *La Pelona*. Yo sentía quedarme con este mote, no por lo que en sí significaba, sino porque siempre me ha parecido eso de gente de mala vida ó de personas muy vulgares y sin crianza. Así es que reñí seriamente con cierta autoridad á mis compañeros, que no pudieron menos de reírse de mi impotencia.

Entonces me quejé á los amos, y les dije que me iría de la casa si los criados se tomaban esas libertades, á las cuales yo no les habia dado derecho.

No sé qué se murmuró de esto en la cocina, estando Pedro delante; lo cierto es que dos ó tres rodaron por el suelo, y aun se quedó Pedro con el puño levantado, como Santiago con los moros y San Miguel con el diablo, y nadie se atrevió á acercarse á él, y eso que habia armas cortantes sobre las mesas.

Desde aquel día nadie volvió á mirarme siquiera. Mi ángel tutelar era temido y estimado á la vez entre ellos.

Como las mujeres nos morimos por un valiente, aquello dobló mi naciente simpatía, y empecé á tener marcadas deferencias con el jardinero, que, á mi ver, agradecía y respetaba como si se las dirigiese la mas encopetada señora del mundo.

Toda la altanería y valor que demostraba con los demás era cortedad y sumisión conmigo. Se creía siempre menos que yo, y solo sabia obedecer cuando yo mandaba.

Procuraba no abusar de esta estremada delicadeza, que en otra acaso no hubiera comprendido, ó al menos le habria servido para hacer alarde de su poder moral; pero yo que siempre he creído que el hombre nunca se rebaja por ser estremadamente sumiso con la mujer, pues es una galantería innata

del corazón y un deseo de no hacerla conocer que es débil y desgraciada, miraba á Pedro con admiración, diciendo:

—¡Cuántos hombres de esos que llama el mundo civilizados é instruidos, ó llenos de ciencia, no sabrían como tú sentir por esa bella mitad del género humano que no tiene mas armas que su dulzura ni mas consuelo que el llanto!...

Pasaron unos días, y yo me sentí casi buena de todo; mi convalecencia hacia rápidos progresos, y al mes siguiente pude ir á ver á mi madre.

El corazón me iba dando brinco en el pecho como un niño que escucha una música militar.

De dos en dos subí los penosos escalones que me conducían á aquel cuartito querido, donde estaba una pobre mujer enferma y rugosa por la edad, de la cual nadie se habria acordado probablemente si no tuviese una hija.

No sé cómo hay hombres ni mujeres que deseen permanecer célibes, para que les sorprenda la vejez como un árbol que por un secreto de la naturaleza ha descollado solo en medio de unas rocas, sin verdura que le sonría ni arroyuelos que le circunden.

Aquella pobre viejecita estaba como una hoja seca que mete el huracán en la grieta de un monte, y allí permanece aislada en medio de la inmensa creación que bulle á lo lejos.

Cuando empujé la apolillada puerta que me separaba de aquel tesoro, por el cual nadie habria dado un ochavo siquiera, mis nervios latían con fuerza, mi aliento era ahogado y las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

¡Qué riqueza del mundo, qué cuadro sorprendente, qué felicidad posible, encerrada tras de una cortina que pudiera descórrer con mi mano, hubiera hecho temblar todo mi ser, ahogarse de emoción mi pecho, y hacerme sentir tan grandes emociones como la vista de mi anciana madre?

¡Qué abrazo tan íntimo y verdadero!

¡Qué dos gritos tan uniformes y vehementes!...

—¡Madre de mi alma!

—¡Hija de mi corazón!

Así estuvimos un cuarto de hora, sin poder hablar. ¡Pobrecita! ¡Qué desconocida se habia puesto! En un niño, dos años de padecimientos suman un

mes: en un anciano, un mes son veinte años de arrugas y de vejez.

La última vez que habia visto á mi madre, aun conservaba algunos cabellos negros: ahora estaba su cabeza blanca y desordenada como un cerro de lino; sin embargo, no se cuidaba de sí: la que es madre, solo sabe mirar á sus hijos: ellos son su espejo, ellos son su propio ser, su única felicidad.

Yo me creo hermosa cuando miro á mi Sirena, que lo es.

(Se continuará.)

UN CLAVEL ENAMORADO.

Un clavel fresco y pomposo

se burlaba de otra flor,

que, oculta entre verdes hojas,

á los fulgores del sol

estaba, pálida y triste,

deshojándose de amor.

«¡Qué débil es, le decia,

qué débil tu corazon!

Si mil amores tuviera,

no me deshojara yo.»

Así el clavel blasonaba

de indiferencia y valor;

mas fue Laura, dióle un beso...

y el clavel se deshojó.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE "LA VIOLETA."

El sol brilla en el cielo con un esplendor maravilloso; no parece sino que pugna por engalanar al invierno.

El histórico Guadarrama se ciñó ya su turbante de nubes y su clámide de nieves.

El cielo ha tomado ya ese tinte azul, diáfano, trasparente como los ojos de una griega.

Los paseos se han visto concurridos por una mul-

titud ansiosa de disfrutar las delicias del bienhechor sol de invierno.

Pero muy poco podemos decir de teatros en la presente semana.

Pocos hechos, y muchas promesas.

El teatro Real continúa cerrado.

En vano se pretende asegurar su pronta apertura: son tantas las dificultades que surgen á cada paso en aquella empresa, que con disgusto podemos asegurar por algunos dias la clausura del regio coliseo.

En el teatro del Príncipe, si bien se preparan algunas novedades, siguen las representaciones de la linda comedia *El Amor de los amores*, obra que ha alcanzado el honor de llamar la atencion de la Real familia, en una noche no lejana, en la que todo cuanto hay de principal y elegante se reunió en dicho afortunado coliseo para admirar á la sin par Matilde. Como obras nuevas, se ensaya una del Sr. Rico y Amat, titulada *Belleza del alma*, y otras de conocidos escritores. ¡Quiera el cielo premiar tantos sabores y esperanzas!

En Jovellanos, despues de largos anuncios, en una noche desgraciada y ante una brillante concurrencia, intentose representar el drama nuevo *Jacobo Trezzo*. Esta pobre obra, débil, perteneciente á una época que ya pasó, escitó de tal modo la irascibilidad de cierta parte del público, que ni aun alcanzó á ser escuchada: desde la primera escena se hallaba condenada á morir, y así fue; murió en aquella noche con estrañeza de muchos, que ni á comprender llegaron el rigor de aquel fallo prematuro; murió, pero con honra, porque la prensa en su mayoría, casi en su totalidad, protestó con energía de aquel arbitrario modo de condenar sin juzgar, sin oir. El drama es malo, sin colorido, sin caracteres; pero véase el juicio de él, hecho por la imparcialidad periodística. Dice un periódico, *Las Noticias*:

«Segun estaba anunciado, anoche se puso en escena en el teatro de la Zarzuela el drama en tres actos, original y en verso, titulado *Jacobo Trezzo*. No podemos emitir nuestro juicio acerca de esta produccion, merced á la estraña conducta que durante su representacion observó una gran parte del público, que con gritos inoportunos, ademanes de mofa y chacota, impidió que el drama se oyera y calificara

con conocimiento de causa. Tan rara severidad por parte de la concurrencia con una obra que le era desconocida y que no quiso escuchar, nos sorprendió en extremo, y no acertamos á esplicarnos: tanto mas, cuanto el drama de que nos ocupamos no tiene ni en su plan, ni en el desarrollo del mismo, ni en la verificación que engalana su fábula, nada absolutamente que concite los ánimos hasta el grado que anoche llegaron los de varios de los asistentes al teatro de la Zarzuela. La ejecución por parte del Sr. Guerra y de los Sres. Calvo, así como también por parte de la Sra. Tenorio, no pudo tampoco dar pretesto fundado para tan arbitrario fallo. El drama *Jacobo Trezzo*, en nuestro concepto, pues, no ha sido juzgado, se le sentenció antes de oírle: se le *presilbó*.

«Después de este suceso, y en medio del disgusto que por él sintió la parte sensata del público, se dió principio á la pieza, también nueva y en verso, titulada *Sistema homeopático*».

Dicen luego *Las Novedades*, *El Independiente* y *La Correspondencia*:

«TEATRO DE LA ZARZUELA. Anoche se estrenó en este teatro el drama original, en tres actos y en verso, titulado *Jacobo Trezzo*. Si hemos de hablar francamente, diremos que no le oímos: los actores recitaban tan bajo, que el público reclamó, en muchas ocasiones que elevasen la voz; y de aquí, con una ligereza que no aprobamos, pasó á llamar por su nombre á algun actor y á producir toda clase de ruidos. No podemos juzgar, por tanto, del drama; pero no dudamos asegurar que con ejecución mas esmerada, si no llega á alcanzar un éxito ruidoso, por lo menos será oído con gusto algunas noches.»

—«Anoche hubo dos estrenos en el teatro de la Zarzuela: el de un drama en tres actos *Jacobo Trezzo*, malo, fatalmente desempeñado por cuantos actores tomaron parte en su desempeño, y rechazado por un público de galerías digno de una plaza de toros.

«El público madrileño va perdiendo día por día la costumbre de mostrarse en público con la compostura y el decoro de un pueblo culto, y lo sentimos: ¿qué pensarán de nosotros los extranjeros, que por casualidad presencien tan groseras y reprensibles escenas?»

—«Anoche se representó en el teatro de Jovellanos

por primera vez, y con mediano éxito, el drama en tres actos titulado *Jacobo Trezzo*. Tiene magníficos versos; pero en su conjunto se resiente de una frialdad en que acaso tenga parte la falta de ensayos.»

En la misma forma se espresan casi todos los periódicos que tratan del suceso; nuestras lectoras nos perdonarán tanta digresión para un drama que murió la noche de su estreno; pero la suerte de los desgraciados interesa, y el pobre *Jacobo Trezzo* lo ha sido mucho.

Volvamos la hoja.

En el Circo continúan aplaudiéndose las *Memorias de un Estudiante*, y se preparan *Bodas ocultas*.

En Variedades se espera el día 18 la presentación en escena del eminente Julian Romea, y como novedades se ensayan una comedia del Sr. Eguilaz, *Los soldados de plomo*, y otra del Sr. Eserich, *El Corazón en la mano*.

Dios les conceda aplausos y laureles.

Novedades prosigue su triunfante marcha; las historias de bandidos continúan en alza en aquella popular escena. *Diego Corrientes* es ahora el favorito del público, y Dardalla, en dicha obra, el actor entusiasta y digno de aplauso. Prepárase en el referido coliseo la gran comedia de magia *Urganda la Desconocida*, y las producciones nuevas *Moneda Corriente*, *Los Bandidos de levita* y *Mudarva*.

Nada mas podemos decir de teatros.

El frío ha hecho volver á sus hogares á las familias del mundo elegante, que rezagadas en el extranjero veían pasar con rapidez los últimos días del otoño.

La moda está de enhorabuena.

Los círculos aristocráticos han recibido un nuevo y deslumbrante rayo de luz.

Ha llegado á Madrid la reina de los salones, la ilustre y bellísima duquesa de Medinaceli.

No tardarán en comenzar las encantadoras veladas en el precioso palacio del Prado de San Fermin, en aquella antigua morada de los La Cerda y los Lerma, y donde, como en los novelescos tiempos del Rey Poeta, á los saraos sucederán las representaciones teatrales, autorizadas, como entonces, por un eminente autor que, como el *Fénix de los ingenios*, lleva ahora también el noble apellido de Vega, y en

cuyas funciones se trasformarán en representantes las lindas descendientes de los primeros títulos de Castilla.

Esperemos aquellas fiestas; ¡ojalá no sea por mucho tiempo! y de la primera ofrecemos á nuestras lectoras la descripción mas detallada que pudieran desear.

Dejemos la pluma en descanso hasta la semana próxima, y contentémonos por ahora con ser humildes girasoles de ese astro claro que brilla sobre la cuna y nos acompañá hasta el sepulcro, de esa luz bienhechora que debe ser un destello de los ojos purísimos de la Virgen, y que se llama ¡ESPERANZA!

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La fantasía es un jardín en donde nacen las mas encantadoras flores cuando las cultiva el buen gusto.

Las producciones de la moda del día son otras tantas flores, convidando á cogerlas para entretejer la guirnalda con que se ciñe la hermosura, enajenando la vista y cautivando el corazón.

En las maravillosas florestas de la inconstante diosa del bello sexo pueden dilatarse los hermosos ojos contemplando el arte, desplegándose en espléndidas sederías de inusitada elegancia y enteramente de gran tono, porque se ostentan en el mas alto grado de la suprema distinción.

Trajes bordados, no ya en perlas y soutache, sino en torzal, reproduciendo flores, follajes acuáticos, espirales de lazos y de arabescos bordados al pasado y con los centros á punto de armas. Por en medio de los paños remontan estos bordados hasta cuarenta centímetros, disminuyendo desde allí gradualmente, y reuniéndose en un cordón sobre la costura; el cuerpo y las mangas siguen el mismo género. Ejecútanse en negro sobre trajes de color, y en color sobre negro, en cuyo caso el matiz pensamiento es preciosísimo; finalmente, color sobre color. Estos trajes son de todo punto recomendables para visita, pero las disposiciones de terciopelo te-

jidas en el *point-de-soie* son igualmente distinguidas y visten mas.

Fácilmente se comprenderá la esplendidez de un traje verde esmeralda, guarnecido en el bajo de la falda con una ancha tira de terciopelo, sobre la cual se destaca en medio de cada paño un maravilloso ramo de flores tambien de terciopelo. Á la altura de la rodilla figura la disposición, segunda falda compuesta de una ligera guirnalda ondulada, remontando desde el hueco de cada ondulacion un cordón graduado que termina en el talle. El cuerpo reproduce los mismos efectos.

Otro traje es de color de pensamiento, cuyos adornos son enrejados á modo de pasamanería, formando dos filas de largos cabos redondos y contradecidos. Esta guarnición se prolonga solamente hasta la cintura; lo demas permanece liso, y el cuerpo lleva cabos en *brandebourgs*, que forman un feliz efecto. El mismo traje, reproducido sobre color habana, no se halla exento de cierto sello distinguido.

Ademas de la incontestable novedad que acompaña á estos trajes, no necesitan mas adorno que sus mismas aplicaciones.

La escentricidad de los abrigos sin mangas, de que ya nos hemos ocupado en otra ocasion, la considerábamos como inadmisibile; pero, no obstante, abriga pretensiones de imponerse seriamente. Evidentemente seria imposible la adopción de esta moda para las confecciones de invierno, en atención á no ser la estación mas oportuna para descubrirse: así es que esta innovacion solo se mostrará en los trajes de interior.

Se preparan tambien vestas sin mangas, de paño ó terciopelo, rodeadas de un estrecho *rouleau* de piel, reproducido en las sisas, mostrándose por debajo la camiseta de foulard, bordado con mangas anchas y largas, cerradas arriba y abajo; será preferido el foulard blanco.

Se agita la cuestion de las camisetas de raso blanco para acompañar á los trajes del mismo tejido azul, y que serán muy de moda este invierno.

Las vestimentas en tela igual al vestido parecen aceptadas para trajes de *negligé*. Triunfan las confecciones con mangas, mostrándose mucho menos los cuellos. La forma *paletot* Luis XV se lleva la

palma por elegante y verdaderamente *comm'il faut*. Este paletot descende recto por delante, cruzado con dos hileras de botones; por detras es cimbreado, sin cuello, con un grueso pliegue por cada lado, y hendido por en medio hasta el talle, remontando el adorno toda la hendedura solo por un lado, puesto que ambos se cruzan uno sobre otro. Los grandes bolsillos cuadrados son exactamente á lo Luis XV, y las mangas desembarazadas y con grandes vueltas. Podemos citar en este género un paletot en *epingle* de lana pensamiento, guarnecido de franjas á bolas pensamiento, con botones cuadrados de acero cincelado, alta novedad y sumamente bonitos.

Mientras nos ocupamos de las *toilettes de negligé*, debemos consignar la boga de la lencería en batista ú holanda, eminentemente elegante cuando se adorna de valenciennes ó de guipure. Obtienen la preferencia los cuellos con valona, guarnecidos de encaje, acompañados de altos puños en conexión.

Las series de camisetas varían hasta lo infinito, desde las muy coquetas compuestas de entredoses en guipure de Irlanda alternando con tiras de tela, cuello de tela con valona de guipure, mangas largas con altos puños cebreados de entredoses y tira de tela con un guipure alrededor, hasta los muy elegantes formando chaleco. Estas son de batista á pliegues, dispuestos en escala á lo largo, en un intervalo igual. Sobre el medio del chaleco un entredós bordado separa una doble guirindola de valenciennes, mientras un entredós y otro valenciennes estrecho marcan los bolsillos. Las mangas son de puño plegado con adorno de valenciennes.

Hé aquí como complemento de esta revista un precioso traje de salir. Es de *moiré-antique* gris ruso con ancho borde de terciopelo negro, enteramente al borde de la falda y recortado á festón en la parte alta. Estos dientes van guarnecidos con un guipure, y en el cuerpo cerrado se coloca un bello ramo aplicado de pasamanería sobre cada diente del terciopelo; cinturon bolero de terciopelo, siendo también de idem las vueltas de las mangas adornadas de pasamanería. Acompaña á este traje un frac Luis XVI de terciopelo negro con botones de pasamanería y aplicaciones en conexión sin nada de encaje. El sombrero es de tul y terciopelo verde agua, dividido en

tiras denteadas sobre el tul bullonado; en el lado un pájaro con larga cola, y el interior de tul bullonado, con agremanes de perlas dando vuelta alrededor de una gruesa rosa; bridas de terciopelo verde, y barras de tul.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de tafetan morado. El borde de la falda va cortado en ondulaciones con una cinta de terciopelo negro al canto; encima cinco órdenes de madroños de terciopelo. Rotonda muy corta de terciopelo negro, rodeada de una franja *thibet* que lleva encima un galon de cachemira formando banda sobre el terciopelo. Esta cachemira guarnece también la rotonda en los hombros. Capota de crespon morado con bavolet de terciopelo. Adorno de pluma y cintas.

Segunda figura. Vestido de *moiré* azul adornado de un encaje de diez centímetros de alto que figura doble falda. Va colocado á treinta centímetros del bajo; después sube sobre cada costura. Todo alrededor y encima del volante van colocadas hojas de encaje. Cuerpo alto liso, cinturon con aldetas puntiagudas y lazos de cintas. Sombrero de terciopelo azul bullonado á lo largo, sin bavolet, que le forman un grupo de plumas que sube por el lado derecho, guarneciéndolas ellas solas el sombrero.

Tercera figura. Niño de dos años. Vestido de alpaca blanca, cinturon y botinas encarnadas.

ADVERTENCIA.

Con este número recibirán nuestros suscritores una lámina para LA PASTORA DEL GUADIELA, y recomendamos la lectura del aviso que va en las cubiertas sobre LA MARQUESA DE PINARES.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Pérez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.

